



**Código documento:** 058cas

**Nombre documento:** Relatos y cuentos: Solidaridad en el Camino o el alemán enfermo.

**Idioma:** Castellano

**Fecha creación:** 7 de marzo de 2010

**Autor:** Gregorio de Zaragoza

## **Solidaridad en el Camino o el alemán enfermo**

Otra vez en el Camino pero para contaros la experiencia de otro, aunque eso sí, de primera mano.

Andábamos mi amigo Francisco y yo peleándonos por el Camino, próximos a Villafranca del Bierzo, cuando tuvimos que parar en un ribazo. En esas circunstancias nos adelantó, y se unió a nosotros, un peregrino puede que de navarra, pero no creo que sea importante ese dato.

Había comenzado el Camino en Ponferrada, era la primera vez que lo hacía y andaba algo despistado con los ritmos y más aún con los albergues, pues los creía todos como el nuevo de esa ciudad: "De lugo" que diría mi amiga Jacqueline, francesa de la que os hablaré en otra ocasión.

Como os contaba, Txema, que así llamaremos al peregrino novato, tenía aspecto de buey (perdona Txema) grande, fuerte, casi gordo y cara de tozudo (perdón otra vez), barba de diez o quince días, pelo corto y un ridículo gorro de colorines (por esto no pido perdón Txema, iera ridículo!), aunque sus rasgos más característicos eran, su acento al hablar y el contenido de sus palabras que, enseguida, lo desvelaban como "buena persona". Fue esto último lo que nos permitió aceptarlo enseguida como compañero de viaje.

Caminando y comentando que si los albergues son así o asá, que si la comida (gran preocupación de Txema) es mejor en tal o cual sitio, en fin, cosas de peregrinos, llegamos a Villafranca, fuimos a saludar a Jato y como tenía el albergue lleno con un grupo de ciclistas y otro de americanos en autobús, nos fuimos al municipal que está al lado.

Como en casi todos los sitios nos recibieron con un "bienvenidos peregrinos" y nos ofrecieron un sitio en el albergue.

Después de asearnos y descansar un poco estuvimos los tres de tertulia junto con la pareja de Pamplona y las "nenas", que decía Francisco a un grupo de seis u ocho estudiantes de diversos puntos de España.

Quedamos en comprar y preparar cena para el grupo, trece en total y por las supersticiones de Francisco, casi obligamos a sumarse a la cena a la encargada del albergue.

Mientras preparábamos la cena, la hospitalera nos comentó que en el cuarto número tres, había un alemán enfermo. Ya había pasado la noche anterior y todo el día en la cama, sin moverse, ella le había acercado algo de comer y una botella de agua, pero estaba preocupada porque no quería ir al médico. Él decía que ya había ido. Tenía bastante fiebre que le bajaba un poco con unas pastillas que se tomaba (con efecto parecido a las aspirinas).

Se nos pasó el rato en diversas actividades y antes de poner la mesa, nos percatamos que Txema no estaba rondando las patatas fritas o las olivas y, cuando ya en la mesa lo vimos aparecer, nos contó que había subido a ver al alemán, le refrescó con paños de agua fría, le dio la cena y la medicación y lo dejó para que descansara. A nuestro amigo se le notaba preocupado.

Ese día, sin alborotar y con el consentimiento y presencia de la hospitalera, se alargó la cena y la tertulia hasta pasadas las once de la noche que nos fuimos todos a descansar.

Al rato, noté que me llamaban:

- Gerardo ¿sabes alemán o inglés?
- ¿Que hora es?
- Las dos y cuarto ¿sabes alemán?
- Era Txema. Ni idea de idiomas, pero Francisco sabe inglés, ¿qué pasa?
- El alemán que está delirando y no entendemos lo que dice.
- Francisco, levanta, que necesitamos tu inglés.
- Viejo loco ¡qué dices! ¡qué pasa!
- El alemán, que esta mal y no se le entiende.

Acudimos los tres a la habitación en la que estaba el enfermo y Francisco y yo nos vimos sorprendidos por la presencia de un médico y una enfermera que estaban intentando descifrar el inglés entrecortado de un alemán delirante. Francisco consiguió entender que el alemán tenía gota y había medicaciones que le iban mal, el médico nos pidió que bajáramos al enfermo a la cama de abajo para poder auscultarle bien. Tenía casi cuarenta de fiebre y una tos profunda, yo me acerqué para intentar moverlo entre dos o tres ya que pesaría unos noventa kilos. Txema nos apartó, cogió en brazos al enfermo y lo depositó con cuidado en la otra cama. Todos lo mirábamos con admiración por la fuerza y delicadeza que derrochaba con una persona que no conocía y que no sabía si podía contagiarle su enfermedad.

Mientras médico y enfermera preparaban su diagnóstico, le preguntamos a Txema que es lo que había ocurrido.

Con su lenguaje directo nos contó:

Me tenía preocupado porque la última pastilla que tomó apenas le bajó la fiebre, a la una me desperté y subí a verle, ya tenía mucha fiebre. Le lavé con agua fría el cuello, las axilas y el pecho y le puse paños húmedos en la frente. No le bajó la fiebre y llamé al servicio de urgencias para que viniera a verle. No entendían porqué llamaba ya que no tengo ninguna relación con él. Les dije que yo también era peregrino y ya bastaba.

Por fin vinieron.

- Doble neumonía, anunció el médico en ese momento.
- Por favor ¿desde dónde puedo llamar a la ambulancia?, hay que hospitalizar a este señor, ¿pueden decírselo alguno de ustedes?

Francisco tradujo y Txema comenzó a prepararle el equipaje que, como ya he dicho, era muy escueto, una vez preparado el del alemán se puso a hacer el suyo. Yo le pregunté que qué hacía y la respuesta fue sencilla:

- Está solo me necesita y me voy con él.
- Pero ¡si no sabes ni como se llama!
- Le hago falta.

Llegó la ambulancia, subieron, el médico, al enfermo y Txema que desde arriba y a dúo nos dijeron gracias y adiós.

Qué cosas hace el destino. Mi amigo Francisco y yo íbamos despacio, haciendo etapas cortas, disfrutando de la compañía de personas nobles y solidarias y de un paisaje inmejorable, lo que nos permitió llegar al Monte del Gozo diez días después.

Tras la habitual buena acogida y una ducha nos fuimos de paseo por el complejo y al regreso nos encontramos, en la misma habitación, con el inconfundible equipaje del alemán y otro que supusimos era de Txema. En menos de un cuarto de hora los vimos llegar, el alemán bastante recuperado y Txema menos serio que de costumbre nos contó:

- Hemos estado unos días en el hospital de Ponferrada, Gunter tenía parte del equipaje en la Oficina del Peregrino en Santiago y le he acompañado para despedirle y de paso ver al Santo. Gunter se va a Italia que dice que tiene allí un barco chino de más de ochenta años. Yo tengo que volver al trabajo.
- Pero Txema ¿tú no habías venido a hacer el Camino de Santiago?
- ¿Y tú qué crees que es lo que he estado haciendo hasta hoy?

Y sin esperar la respuesta se alejó dándonos la espalda y agitando su mano en señal de despedida.

**Gregorio de Zaragoza**